

LECCIÓN 34 - DECIMO

Contexto histórico El atomismo de la Antigüedad

A los primeros filósofos griegos (hacia 580 a. C.) se les suele llamar filósofos de la naturaleza, porque estudiaban la naturaleza (en griego, *physis*). Su objetivo era conseguir conocer los secretos de la naturaleza sin tener que recurrir a explicaciones míticas o religiosas. Pretendían encontrar una explicación natural al enigma del mundo. Con ello dieron el impulso a todas las ciencias naturales del futuro.

La idea era que detrás de todos los fenómenos tenía que haber una sustancia originaria de la que provenía todo y a la que todo volvía. Pensaban que de la misma manera que el agua podía convertirse en hielo o vapor para luego volver a su estado original, tendría que haber una sustancia originaria detrás de todo cambio.

Uno de estos filósofos de la naturaleza fue Demócrito (aprox. 460- 370 a. C.), que formuló una explicación materialista coherente del mundo: lo único que existe son los átomos y el espacio vacío. Los átomos son indivisibles (la palabra griega *atomos* significa «indivisible»). Si los átomos no hubieran sido indivisibles, no habrían podido servir de «ladrillos» para todo lo que nos rodea. Entonces todo habría sido como una sopa muy líquida.

Además los átomos tienen que ser eternos y no creados, porque nada puede surgir de la nada. Y nada que existe puede convertirse en nada. Demócrito se imaginaba además que los átomos tenían que estar conectados entre sí para formar cuerpos compuestos. Todo surge y se deshace al mezclarse y volver a separarse los átomos. Porque los átomos están en continuo movimiento, lo que hace que choquen constantemente y con ello cambien de dirección y velocidad. No hay nada más que les afecte. Por tanto todo ocurre mecánicamente (de la palabra griega *mekhane*, «máquina»).

Detrás de los cambios no hay ninguna razón o fuerza. El mundo funciona como una gran máquina.

La teoría de los átomos también explica nuestras percepciones sensitivas. Cuando percibimos algo, se debe a los movimientos de los átomos a través del espacio. Si por ejemplo veo la luna, es porque el «átomo de la luna» alcanza mi ojo.

Pero ¿y la consciencia? ¿No puede también constar de átomos, es decir, de partículas materiales? Pues sí, los atomistas se imaginaban que el alma constaba de unos especiales «átomos del alma» redondos y planos. Eso significaba que el ser humano no podía tener un alma inmortal, por su parte una idea bastante extendida en la Antigüedad. Cuando una persona muere, los átomos del alma se dispersan por todas partes para luego ser componentes de la formación de una nueva alma.

El materialismo ético de Epicuro

El filósofo Epicuro (341-270 a. C.) se adhirió al atomismo de Demócrito creando a la vez la base de un materialismo ético. Epicuro y sus alumnos se reunían en un jardín, razón por la que se les llamaba «los filósofos del jardín». Se dice que sobre la entrada del jardín colgaba una inscripción con las palabras: «Forastero, aquí te sentirás a gusto. Aquí el placer es el primer bien».

La ética y el arte de vivir de los epicúreos consistían en lograr el máximo placer posible y evitar toda clase de desagrado. No obstante, Epicuro señaló que de vez en cuando tenemos que aceptar el desagrado a corto plazo con el fin de lograr un placer mayor y más duradero a largo plazo. Al contrario que los animales, el ser humano tiene la posibilidad de planificar su vida. Epicuro enseñó que «el placer» no tiene por qué referirse al placer sensual. También hay que tener en cuenta valores como el arte y la amistad, por ejemplo. Otros requisitos para el placer vital eran otros tantos ideales griegos: la prudencia, la moderación y la ecuanimidad.

Epicuro creía que para vivir felizmente era importante vencer el miedo a la muerte. En este contexto se acogió a la teoría de Demócrito sobre los «átomos del alma». Se limitó a decir: «La muerte no nos afecta. Pues mientras existimos la muerte no está presente, y cuando lo está, nosotros ya no estamos allí».